

# Ventura García Calderón

**V**ENTURA García Calderón, personalmente, fué para mí una sorpresa. Yo lo imaginaba pequeño, ardillico, de una nerviosidad tropical. Y lo que veía era una mole inmensurable, un Sansón de cabellos escasos dentro de un frac, que sonreía con vaga malicia de salón a una dama transparente, quiero decir vestida a la moda.

Esa inveterada tendencia del espíritu, quizás infantil, acaso algo femenina, de *representarse* físicamente a un poeta, a un novelador o a un cronista en cuya compañía divagó dulcemente, me jugaba así una mala partida. ¿Por qué haber supuesto necesariamente enclenque al autor de tantas páginas aladas, impregnadas de ensueño, pero de un ensueño amable, sin exasperaciones enfermizas? Es lo cierto que, de aquel primer choque de sorpresa, no obstante agradable, yo habría pasado fácilmente al desencanto sin el consejo de una vieja experiencia. Experiencia que sin duda el buen pastor Lavater no olvidó de consignar en términos precisos, pero que la escuela del mundo, con un método menos riguroso, enseña temprano:

—Juzguemos a las mujeres por su andar, por el color de sus cabellos o por la forma de sus labios. Del hombre, sobre todo de un artista, retenemos solamente la expresión de su frente...

Basta observar unos segundos la de García Calderón para adivinar allí la distinción de un carácter. Frente prominente, despejada en su parte superior, llena de surcos perpendiculares junto a las cejas. Si un fisionomista la estudiara en detalle, tal vez descubriría en ella un reflejo de las pasiones que agitaron la juventud del escritor. ¿Desencantos, esas arrugas que descienden en tropel como senderos de una colina? ¿Costumbre de concentrarse en sí, de bridar los entusiasmos, ese pliegue profundo entre la distancia de los ojos?

Apreciada en su conjunto, vista en fuga, bajo la claridad de las ampollas, tal frente graba en nosotros la impresión definitiva de una alta mentalidad aristocratizada por la vida. Dijérase que es la *ratificación* de una obra artística cuya elocuencia, más que deslumbrarnos por el artificio exterior, quiso ganar nuestro homenaje por lo mucho

que, sin decírnoslo siempre, nos dejó entrever...

La crónica literaria tuvo en nuestro Continente americano, casi hasta ayer, un número ilimitado de cultivadores. El género, que ya había sido importado de Francia a las letras españolas por Mariano José de Larra, pero tal vez con menos alardes galicistas, se propagó peligrosamente en los últimos treinta años gracias a la frivoli-



VENTURA GARCÍA CALDERÓN

(Retrato de FEDERICO BELTRÁN MASSÉS).

dad elegante y al *parisianismo* desenfadado de Enrique Gómez Carrillo. El autor de *Entre Encajes* sirvió de cicerone espiritual a mozalbetes de parroquia ayunos de lectura, ricos de orgías imaginativas, que creían bastaba llevar ese bagaje, acompañado de una cierta facilidad *sonreidora*, para cronear sabiamente. La frase de Carrillo, escrita precisamente en un libro de Calderón, *la crónica es la sonrisa* del periodismo, llegó a la celebridad apenas impresa. Como contraer los músculos faciales no es cosa que exija gran esfuerzo, todos hicimos muecas literarias imaginando sonreír. De la vulgarización de esa creencia vino una suerte de cansancio. El mismo rótulo de sonrisa que se le ponía a la crónica era una terrible carcoma contra su prestigio.

Llegó un día en que los directores de periódicos comenzaron a pedir trabajos de *más peso*; entre ellos hubo como una confabulación, sin que fuera necesario previo acuerdo, para desterrar en columnas subalternas tales producciones. ¿Somos por ventura un pueblo que comprenda siempre los matices y conciba la profundidad en lo ligero?

Luego, a la idea, —en principio justa, admirablemente definida por el inquieto guatemalteco, deformada en la práctica por los majaderos— de que la crónica no debía arrugar doctoralmente el entrecejo, se añadían otras no menos falsas y difíciles de aplicar inflexiblemente, y que tenían el mismo origen: a la ligereza, el cronista debía añadir una empalagosa tristeza lírica, una perpetua añoranza de gentes y cielos exóticos. Pero el deambuleo por tierras lejanas no iba casi nunca más allá de la Puerta del Sol y de los Boulevares parisienses.

Sobre todo de los Boulevares. El parisianismo se hizo epidémico. Rubén, ahito de ajeno, Carrillo, en el torbellino de la bohemia, del brazo de Lajeneusse y otros contertulios del Café Napolitano, he ahí la visión que hacía suspirar a las almas de allende el Océano. Más de un suicidio literario y humano no tuvo otra causa.

Todavía en 19... el propio García Calderón comenzaba así un libro de crónicas que, como es justo, se titulaba *Frívolamente*:

—«En la atmósfera rubia del bar, entre un aroma irritante de tabaco, de mujer y de ajeno, mientras los violines húngaros sollozan su nostalgia exasperada, las risas

funambulescas de las cortesanas celebran sonoramente la Nochebuena. Por los cristales se ve el bulevar con sus tiendecillas de baratijas y bombones, con sus vendedores ambulantes y sus tenaces floristas, con toda la alegría desbandada de un pueblo de estudiantes que pasan gritando canciones obscenas, a la luz de antorchas rítmicas, seguidos por una Musa desmelenada y ebria».

Era el estilo clásico, al menos el que con mayor deleite procuraban copiar los hispano-americanos.

Pasó el tiempo. Carrillo encaneció. Probó con libros de aliento que era capaz de otros empeños artísticos. Convenciéronse poco a poco los imitadores de que aquella manera era inimitable, no sólo por lo que tenía de individual, sino porque ella res-